



TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS.

I

Era el 7 de Junio de 1821, y la ciudad de Querétaro estaba conmovida por el espíritu y los acontecimientos de la época; hacía dos horas que á sus inmediaciones había pasado, para la villa de San Juan del Río, una gruesa división de aquel ejército tri-garante, tan valiente, tan nacional, y tan atractivo, de generosas simpatías, como ningún otro del mundo. Flameaba ya en sus banderas y estandartes ese arco-iris que por vez primera se formó en Iguala por una idea sublime de su autor, y de cuya memoria es símbolo exclusivo.

Acontecimientos tan abundantes en felices resultados, efecto de una combinación atrevida y gloriosa, tenían sobresaltados á los habitantes de la ciudad, á los unos de júbilo ó bien de esperanzas; á los otros de ansiedad y terror. Un sudamericano esforzado y pundonoroso, Luaces, aquel enemigo y admirador á un mismo tiempo del malogrado y débilmente sentido Mina, quien respetó en él tan temerario denuedo de llegar y tocar con el puño de su espada, una puerta del fuerte de San Gregorio, después de haber perdido en el ataque tres cuartas partes de su columna, era el Comandante general de la plaza de Querétaro: instruido y sereno dictaba sus disposiciones de defensa. Estaba en la Alameda cuando se dejó ver por la falda de un cerro, bien inmediato, un grupo de hombres

armados que llevaban el mismo camino de la división expresada. Viéronse unos cuantos infantes y dragones, y en seguida se distinguían entre cuatro ó cinco oficiales, dos hombres de un continente marcial y caballeroso, montando unos hermosos caballos prietos: el jinete que iba á la derecha era de color blanco, un poco pálido; sus escasos y rubios cabellos dejaban ver una espaciosa frente, en la que lucía la señal de la inteligencia y del genio; llevaba un ligero y sencillo atavío militar, y manifestaba en sus maneras tanta tranquilidad como si fuese de paseo. Este hombre era Iturbide. El que lo acompañaba á la izquierda era más robusto, de color trigueño. Su mirar, sin ser inquieto, era vigilante de la menor circunstancia; vestía un lujoso "dolman," que con el resto de su traje y el arnés de su caballo brillaba singularmente. Este se llamaba Eпитacio Sánchez, antiguo patriota y émulo de aquellos valientes guerrilleros del año de 10. A haber nacido Moscovita, habría sido competidor del hettman Platow ó de Miloradowich, y si Varsovia lo hubiera contado por hijo, habría figurado al lado de Poniatowsky.

Este mismo Eпитacio Sánchez, después de haber pasado por la dura ley del indulto, al que circunstancias aciagas obligaron á acogerse á otros patriotas de mejor talento y posición, con solo la ilustre excepción del General Guerrero; es el que en San Luis de la Paz, en el año de 19, atacó cuerpo á cuerpo al famoso insurgente Sebastián González, compañero del bien conocido General Gabriel Durán. Habiendo venido á las manos González y Sánchez, éste le metió la lanza por un costado á aquél, quien desdeñoso de quejarse y menos de implorar alguna compasión, se corrió la lanza para así lograr alcanzar y herir, como hirió, á su adversario, aunque después cayera mutilado por la espada del realista Villaseñor, del Regimiento de Sierra Gorda. Aun Eпитacio, que había sido auxiliado, no aprobó que así se atacase á un valiente. ¡Cuántas veces los cobardes encuentran una ocasión de celebridad, que están bien lejos de merecer, si no es por lo odioso de ella!

Iturbide, justo apreciador de Eпитacio, lo había colocado desde un principio á su lado, nombrándolo Comandante de su escolta: suma era la afabilidad con que lo trataba, y ciega la confianza que en él depositaba. La conversación de ambos era animada é interesante, pasando á la vista de la Alameda de Querétaro.

II

Cuando Luaces se cercioró con el anteojo, de que en aquel pequeño grupo iba Iturbide, y conjeturó que la división estaría distante de él más de tres leguas, se leyó en su semblante un pensamiento audaz, infernal, de "lesa-independencia:" por sus facciones y la diversidad de sus movimientos, se tradujo lo que su alma meditaba y su corazón sentía. Atacar á Iturbide y á su pequeña comitiva, hacer prisionero al Coronel rebelde y traidor, sofocar en su persona la más combinada de las empresas, grangearse por esto el concepto universal, y el amor reconocido del Rey; en fin, ser el rescatador para la España, del mundo que le había adquirido Cortés, y que se escapaba de las manos de Apodaca; hé aquí á cuánto aspiraba Luaces. ¡Cálculense la empresa: calcúlense sus consecuencias!

Apoyando Luaces la ilusión de su pensamiento, presentía que en un segundo todo él sería realidad, y ordenó al Teniente Coronel Don Froylán Bocinos, que saliese en el momento con 280 infantes del 2o. Batallón de Zaragoza, y 120 dragones del Príncipe y Sierra-gorda, á atacar á Iturbide en Arroyo-hondo, el punto más á propósito para un buen resultado. Secundando Bocinos á su General, no se dilató en encontrarse con Iturbide.

Al verlo éste y á su tropa, dijo á Eпитacio Sánchez:

—Parece que se nos trata de impedir el paso por los de Querétaro, y esto puede ser algo serio.

—Señor, respondió Eпитacio, pues que se nos provoca, el honor nos manda hacer frente y escarmentar á los realistas.

—Quisiera evitar, replicó Iturbide, un en-

cuentro, no porque desespere de su éxito, sino porque mi intención ha sido en esta empresa, economizar la sangre mexicana, y entre esos soldados que nos vienen á ofender, hay mexicanos alucinados, á quienes se debe convencer de otro modo.

Cuando esto acababa de decir el Generalísimo, ya la tropa del Rey estaba á corta distancia. Iturbide, viendo que debía batirse, exclamó:

—Compañeros: el enemigo intenta sorprendernos, confiado en que su fuerza es mucho mayor que la nuestra: esperémoslo á pie firme, ó vamos á su encuentro. Lo justo de nuestra causa, unido al entusiasmo con que la defendemos, suplirá al número: á este puñado de valientes corresponde, pues, representar hoy con todo su brío al ejército trigarante, cuyo honor debe quedar intacto; y mereceremos bien de la patria. ¡Viva la Independencia!

—¡Viva! ¡Viva nuestro General!, respondieron todos.

Epitacio en seguida se dirigió á Iturbide y le dijo:

—Señor, vamos á batirnos, dénos sus órdenes; pero usted no debe exponerse; perezcamos todos, y sálvese su persona, que debe siempre estar á cubierto de cualquier accidente; y á nombre de la patria que nos lo ha dado, y con quien está identificada, se lo pedimos.

—No, yo correré la misma suerte que todos, pues siempre he acostumbrado dar las órdenes con el ejemplo, replicó el Generalísimo.

Unánimes dijeron todos:

—Señor, lo conjuramos á nombre de la amistad que nos tiene, y de toda la nación y del ejército, que no se exponga: dénos sus órdenes, repetimos, y esto es cuanto apetecemos.

—Pues bien, será así, dijo Iturbide, algo violento; ustedes me instan por la primera vez para que sea simple espectador en esta clase de escenas.

En seguida dictó sus disposiciones. El impávido Epitacio se puso al frente de quince dragones: en este número iban un gallardo y joven alférez, y dos antiguos in-

surgentes que venían presos por algunos desórdenes que habían cometido cuando se pronunciaron por el plan de Iguala en el Bajío: pidieron á Sánchez con un ardor lleno de enternecimiento que los llevase consigo; temía y con razón, que por resentimiento se viese comprometida su existencia; pero Epitacio disimuló, y sus prisioneros todo lo olvidaron en aquel solemne momento, lanzándose con él á la refriega.

III

Quince cazadores del Regimiento fijo de México, al mando de un denodado Capitán, era toda la infantería; ambos trozos se desplegaron á derecha é izquierda, con avaricia desprecio á la muerte y ambición á la gloria que forman el tipo de los héroes.

A pocos pasos quedó la reserva, compuesta de unos asistentes: reserva terrible en que estaba el genio con todas sus concepciones: allí estaba Iturbide.

Diríase que éste había lanzado un rayo á su enemigo; tal fué la exaltación con que se batieron sus soldados, que hicieron prodigios, con que dieron un nuevo realce al valor: estos hombres acreditaron todo lo que les había hecho sentir y comprender su General y cuanto daba de sí la emoción que experimentaban en ser ellos el centro de las miradas de su jefe, del ejército entero, de la nación toda. Peleábase por ambas partes con encarnizamiento, la infantería y su Comandante se excedían á sí mismos: la caballería se multiplicaba con su jefe tan inagotable de firmeza y actividad. En una carga á la lanza, Epitacio iba á traspasar á un Mayor del Regimiento del Príncipe: de repente el joven alférez, cubierto de sangre enemiga, le grita:

—Señor, es mi padre, no le quite usted la vida.

El Mayor era D. Juan José Miñón: el alférez es hoy el General Don José Vicente Miñón, prisionero actualmente en Ulúa: por grande que sea su fatalidad, se envanecerá en medio de su infortunio, viendo cuánto brilla su brazo izquierdo....

Después de una lucha tan desigual por

parte de los independentes, y obstinada por la de los realistas, éstos se retiraron velozmente á Querétaro, hasta cuyas trincheras fué perseguido Bocinos, dejando en poder de los vencedores, 45 muertos y heridos, siendo de estos últimos el Teniente Coronel Soria, el Ayudante mayor de Zaragoza Latorre, y el Capitán Vélez; y prisioneros, Miñón (*) y el alférez Don Miguel Azcárate. La victoria voló al campo donde estaban la temeridad y el patriotismo. Luaces quedó estupefacto, y el rubor lo martirizó....

Iturbide, durante la acción, estaba atormentado de impaciencia y sus ojos centellaban de desesperación, viéndose privado de tomar parte por no faltar á su promesa. De cerca seguía por todas partes á sus valientes, y hubo momento en que olvidándose de sí, llevado de su genial fogosidad, iba á dejar consignado en la historia el haber combatido como simple soldado. En esto el enemigo se retiraba; el triunfo ya no era indeciso. El júbilo de Iturbide no conoció límites, colmando de elogios á todos los suyos y de consuelos á los heridos y prisioneros.

IV

Existe un General que en el último tercio del año de 41 fué objeto de las conjeturas y sentimientos contradictorios de los partidos; que en Agosto de ese año sus compañeros de clase y mando apellidaron desleal y sedicioso, y en Octubre siguiente, los mismos lo saludaron héroe, por haber impulsado el primero, la regeneración. Este General á quien la fortuna colmó de favor, dividió ó dejó entero á otros el presente de la veleidosa deidad; ella lo ha hecho descender á la vez de tres puestos elevados, colocándolo en una olvidada posición.

(*) El Mayor Miñón, aunque independiente de corazón y deseoso de una honrosa oportunidad para unirse á sus compatriotas, tuvo la delicadeza de no desertarse ó pasarse en medio del peligro. Iturbide después lo consideró.

La posteridad sabrá si es para siempre. Como quiera que sea, lo pasado no participa de la incertidumbre del porvenir; por esto es que en los fastos de 821 constantemente se leerá, que el Capitán de cazadores del Fijo de México, que con rara impetuosidad hizo deponer con su guerrilla el orgullo militar al segundo Batallón de Zaragoza, es á la presente el Excmo. señor General de División Don Mariano Paredes y Arrillaga.

Los dos insurgentes prisioneros que iban al lado de Eпитacio, rescataron su fortuna, mereciendo la confianza y el aprecio de éste, y recibiendo del General su libertad y una espada cada uno. Ambos prisioneros eran hermanos de Sebastián González.

La alta resolución de Iturbide se había ya nacionalizado: la libertad y la gloria fecundizadas por el jefe de las tres garantías, lo presentaron en Arroyo-hondo á la patria como una de sus más brillantes adquisiciones.

Las inspiraciones de Iturbide confiadas á la ejecución de Eпитacio Sánchez y de Paredes, hacían que los hombres valiesen uno por quince. Una de esas inspiraciones en el mismo campo de batalla, arrebató á la fama un escudo sin rival, y que la nación aplaudió hasta el delirio. Ese escudo tiene por lema: "TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS."

D. REVILLA.

México, Julio 7 de 1843.